

fiesta en Cuernavaca. Entonces contaba cómo la dormía en su silla, la cargaba en el auto y se sentaba al volante, para manejar despacio. Ella dormida en el asiento de atrás, él fumando, con la ventanilla abierta. Describía el viaje y cómo por el camino se veía venir una tormenta de verano, y después llovía y caía granizo. Estaba contado en presente, porque él estaba atrapado en el presente, viviendo el tiempo muerto que ella no quería vivir. Entonces llegaban de noche a Cuernavaca y unas cuadras antes el hipnotizador despertaba a la niña. Le contaba que había granizado y ella se enojaba porque decía que cómo no la había despertado para ver eso; le hubiera gustado ver granizar. La niña o regañaba mucho y se bajaba del auto hacia la fiesta, dando un portazo. Él estaba enamorado de ella.

Diego Grillo Trubba
Argentinidad

A Martín Laforgue

Saborea la cerveza, y piensa —por enésima vez desde que llegó a Berlín— que el mito de las cervezas alemanas es cierto. Toman posición en el paladar casi como si fueran agentes secretos, y luego van ganando territorio por la garganta, para hacerse fuertes en el cerebro sin que uno se dé cuenta hasta que el mareo resulta notorio, irreversible.

Horacio suspira, y contempla a sus compañeros de mesa. Sus alumnos.

La culminación del curso.

Los *boludo* y *pelotudo* —en alemán, pero traducción fiel de sus equivalentes argentinos— se reproducen sin cesar, eco de su efectividad docente. Lo mismo sucede con las palmadas en las espaldas de los demás, las carcajadas efusivas, sobreactuadas, que logran que alrededor todos se den vuelta para mirarlos.

Hans miente una y otra vez la cantidad de veces que se acostó con una *mina*—*mina*, se regocija Horacio como un padre que ve caminar a su hijo por primera vez, *dijo mina*— la noche anterior, y el resto asiente, como si le creyeran, como si no hubieran aprendido a mentir con naturalidad juntos, con su profesor argentino.

Al llegar a Berlín, Horacio no tenía idea de qué hacer.

Estaba seguro, en cambio, de lo que no debía hacer.

Dirigirse a una agencia de turismo y comprar un pasaje de regreso, fundamentalmente.

Se había despedido de los familiares en la planta baja de Ezeiza, y luego de los abrazos y lloriqueos de rigor, ya en la escalera mecánica que comenzaba a comunicarlo con el mundo soñado, la tierra prometida, prometió a los gritos que no iba a volver hasta que las cosas no estuvieran bien en el país.

Y las cosas no estaban bien. Y, de seguro, no iban a estarlo por largo tiempo.

Ésa había sido una de las principales razones por las que al arribar a Berlín no supiera qué hacer pero sí supiera qué no hacer.

Otra era que había viajado con un pasaje sólo de ida, como freno insoslayable para no caer en el océano de la nostalgia injustificada.

El viaje, si bien deseado, había surgido de una decisión fulminante cuando vio en el noticiero otro informe acerca del alza del desempleo y, luego, sin solución de continuidad, otro reporte de los candidatos con chances de ganar las próximas elecciones, con las mismas caras de siempre. Y, fruto de esa misma improvisación que lo había llevado a comprar el pasaje de la noche a la mañana, esa improvisación que había demarcado su estilo de vida, no se le ocurría qué trabajo buscar. Y menos aún cómo hacerlo.

Las reglas tácitas del emigrante decían que al arribar uno comenzaba desempeñándose de camarero, pero Horacio no tenía buen sentido del equilibrio —era un tanto sordo del oído derecho, por lo que inclinaba la cabeza cuando le hablaban—, razón por la cual emplearse de mozo habría significado un sacrificio inútil de tazas, vasos y comida. El título de técnico en electrónica del Otto Krause, por otro lado, no iba a servirle de mucho. Tres días antes del viaje había ido a legalizar su

diploma en el Ministerio de Relaciones Exteriores, pero, al ver las filas infinitas de desdichados con sus títulos de estudio bajo el brazo que deseaban hacer el mismo trámite que él, desechó la idea. Supuso que, de llegar a necesitarlo, si surgía una posibilidad laboral en la que le pedían el certificado, podría pedírselo a sus padres desde Berlín y que ellos se lo enviaran por correo privado. Además, Horacio no legalizó el diploma porque la tarifa estaba dolarizada, y no hacerlo en aquel entonces había sido un recurso más para reducir gastos.

Porque, y es necesario recordarlo, al llegar a Berlín Horacio casi no tenía dinero.

La lógica que guió sus pasos durante toda su vida había sido que algo iba a aparecer. Siempre había sido así, en Buenos Aires, y cuando la estadística de golpes de suerte imprevistos fue reduciéndose a cero comprendió que la crisis que azotaba sus tierras era grave.

Su razonamiento fue tan básico como contundente. Había aprendido alemán en la escuela primaria, en la época en que sus padres aún creían en una educación superior ligada a las raíces familiares germanas, por lo que la opción de destinos se reducía a España y Alemania. Las noticias que llegaban de los exiliados que optaran por la Madre Patria eran que el racismo allí era muy fuerte, razón por la cual terminó por comprar un pasaje de Lufthansa. Con la lógica —simple, ilusa— de que allá algo debería aparecer. Tan sólo eso.

El día en que llegó, luego de reservar una cama en el albergue para la juventud, luego de caminar por el centro de la ciudad, ni bien el sol se ocultó tras los edificios grises, fue a un bar.

Lo que lo deslumbró fue la variedad de cervezas entre las que podía elegir, mientras la chica de la barra esperaba con una sonrisa en los labios a que él se de-

cidiera por una en particular. La misma chica —Ingrid, luego descubriría que se llamaba Ingrid— que iba a llevarlo a su departamento, lo desvestiría a los apuro- nes, empujando muebles y lámparas, y con la que tendrían una sesión amorosa inolvidable.

El único inconveniente de la experiencia —el error que le provocaría remordimientos meses más tarde— había sido el gasto innecesario de los quince euros del albergue juvenil, ya que al final se había quedado a dormir en casa de Ingrid. La ventaja, en cambio, fue que nunca volvería a pagar las cervezas en el bar donde ella trabajaba, razón por la cual se hizo un habitué, como así también de su cama si no había seducido a alguna otra alemana.

O, como Horacio las llamaba en su interior, con un tono tan cariñoso como irónico, *mis alemanitas*.

Aunque está en otro bar, aunque Ingrid se encuentra a un par de kilómetros de distancia, Horacio se permite alzar su vaso de cerveza frente a los alumnos, y propone un brindis. No la nombra, pero en el interior recuerda a esa rubia cachetona que lo acogiera en su primer día en el país. Que le diera, del mejor modo posible, la bienvenida.

Los alumnos alzan sus vasos, y gritan consignas para el brindis. Hans propone *por la Argentina*, Kurt *por las minas*, y Horacio no entiende al resto.

Entiende, sí, que le gusta estar acá, con esta gente.

Uno de los detalles que lo deslumbró, a los pocos días de haberse acostado por primera vez con Ingrid, fue que cuando otra rubia —esto también maravillaba a Horacio: *todas* eran rubias, con distintas tonalidades—

se acercó a él en el bar con el objeto de hablarle de temas tan insulsos que sólo podían ser un pasaporte descarado a otra sesión de sexo violento, la empleada del bar sonrió con picardía y le guiñó el ojo como si no se sintiera celosa, como si lo que estaba sucediendo fuese lo más natural del mundo.

Horacio supuso que Ingrid había actuado de esa forma porque estaba en su ámbito laboral y temía la consecuencia de su jefe desalmado —con el tiempo, descubriría que el jefe de Ingrid no era desalmado, sino un gordo simpatiquísimo que se preocupaba por el bienestar de sus meseras como por el de toda la humanidad—. Sintió un ramalazo de arrepentimientos, pero la que se le estaba ofreciendo era más flaca que Ingrid, tenía mejores pechos y, como entonces sospechase y luego comprobaría, era aún más efusiva en medio de las sábanas. Se fueron tomados de la mano, y la chica lo llevó a su casa.

Otro detalle: *todas* vivían solas.

A la mañana siguiente, al darse una vuelta por el departamento de Ingrid para buscar los bolsos que llevara desde que se había instalado allí, la pregunta de la alemana lo sorprendió. Quería saber si había pasado bien la noche. En un tartamudeo nervioso que hacía aún más ininteligible su alemán tosco de por sí, Horacio intentó explicarle que todo había sido producto de la borrachera, que se dejó llevar como un imbécil, que la otra se le había ofrecido y resistirse hubiera implicado una falta de respeto a su masculinidad.

Ingrid lo interrumpió con una sonrisa.

—No somos pareja, no te estoy echando nada en cara. Te lo pregunté en serio, quería saber cómo te había ido. Aparte —señaló el bolso que Horacio había armado con la docilidad propia de los condenados—, ¿estás seguro de querer mudarte?

Las alemanas, comprobó aquel mediodía, no eran celosas. Vivían la sexualidad en forma libre. Como una vez le explicó una mujer que, sin haberlo saludado, sin siquiera haberle preguntado qué hacía ahí, le largó un *vos me gustás, así que si te pasa lo mismo conmigo podríamos ir a revolcarnos*: las mujeres alemanas tenían la misma manera de razonar que los hombres argentinos.

Horacio pensó que se encontraba en el paraíso. Si no se iba a lo de Ingrid, que con el tiempo pasó a ser su amiga —la confidente a la que contarle secretos, desnudos sobre su lecho luego de haber hecho el amor—, era porque alguna otra se había aproximado a él.

Había descubierto una ciudad donde podía tener sexo cada día, y, además, que las mujeres gritasen durante el acto como si de verdad les gustara.

Piensa en eso, Horacio, y en que ni un hombre que tuviera disco rígido en lugar de memoria recordaría los nombres de todas las mujeres que lo habían invitado a su departamento desde su arribo a Alemania.

Berlín, las noches berlinesas, eran el edén.

El único inconveniente era el dinero, que con el transcurso de los meses comenzó a escasear. Ingrid le prestaba algo, cada tanto, y sus padres le mandaban sumas modestas —que al convertirlas en euros se transformaban en irrisorias— desde Lomas de Zamora, pero aun así no alcanzaba. Además de la cerveza y alojamiento gratis que le proporcionaba la alemana, debía comer cuando no estaba con su amiga. Y, también, necesitaba comprar preservativos, en lo que se le iba la mayor parte del presupuesto.

Clava los ojos en Hans: el alumno empieza a entonar el himno argentino, parado encima de la silla.

—*Oíd mortales / el grito sagrado.*

Horacio recuerda que fue Hans el descubridor involuntario de la solución al problema que venía aquejándolo.

Para entonces, ya había perdido el cálculo de mujeres con las que se había acostado —en un principio marcaba cruces en su agenda personal, pero después la vagancia terminó con su voluntad contable—. Fue esa, más el temor a que Hans lo golpeará —el alemán superaba los dos metros y su ancho era al menos un cincuenta por ciento superior al suyo, y poseía unos puños similares a dos mazas de construcción—, la razón por la que en un principio dijo no entender de qué le hablaba.

El alemán se había arrimado a él por la espalda, y apoyó una mano en su hombro. Al girar el cuello, lo primero que escuchó Horacio fue:

—Soy Hans, el novio de la chica con la que te acostaste la semana pasada.

Horacio cerró los ojos. Supuso que el punto final de aquella frase era que una de esas dos mazas imponentes se estrellara contra su boca. Imaginó el precio de una dentadura postiza en aquellas tierras, y tembló aún más. No obstante, segundos después, al comprobar que los dientes continuaban en su lugar, abrió los ojos y sólo chocó con el rostro de Hans, serio, muy próximo al suyo, que lo observaba.

—No pensé que tenía novio —intentó defenderse.

—No entiendo —respondió el alemán.

—Que si hubiera sabido que tenía novio no me habría acostado con ella —mintió Horacio, aún ignorante acerca de cuál entre todas con las que había tenido escaramuzas sexuales la semana anterior podía ser la novia de aquel mastodonte.

La pregunta, la inocencia de la pregunta, lo descolocó por completo:

—¿Por qué?

Luego, cuando ya lo hubiera invitado a una cerveza, Hans le explicó que no había ido a hablarle motivado por celos o venganza, que si la novia tenía ganas de acostarse con hombres a él no le generaba malestar alguno: al fin y al cabo no estaban casados, y también él se acostaba con otras. Le dijo, para cerrar su monólogo, para coronar de gloria aquel encuentro, que el motivo por el que estaba ahí era que su novia le había contado que Horacio era extraordinario como amante.

El argentino se quedó boquiabierto. No sólo por haber recibido una calificación que creía generosa, sino porque ella se lo hubiera contado al novio. Le confesó a Hans, con falsa humildad, que probablemente la chica había exagerado, que de seguro él también debía ser un extraordinario amante.

—No, claro —continuó Hans—. Lo que pasa es que con mis amigos —señaló a una mesa donde estaban Kurt, Ludwig y los otros que hoy están con él a la mesa festejando, mientras todos alzaban los vasos en señal de saludo— nos preguntamos cómo alguien como vos puede ser calificado como *un ser apasionado*.

«Vemos que cada día se te acerca una diferente, que te convertiste de la noche a la mañana en el hombre deseado del barrio. Y bueno, no sos Antonio Banderas ni Rodolfo Valentino. Digo, no sos el modelo del amante latino en lo físico, ni siquiera sos atractivo, y pese a ello las mujeres al escuchar tu espantosa pronunciación del alemán quieren llevarte a su lecho. Por lo que me contó mi novia, tampoco sos un dotado. Es decir, tu fama no proviene de lo que hacés sino de la vía por la que llegás a hacerlo.

«Lo que intento decirte —concluyó Hans— es que tu éxito es pura y exclusivamente porque sos argentino, porque te manejas como argentino.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Qué cosas hago como argentino?

—No lo sé. Ésa es la cuestión. Con mis amigos no pudimos deducirlo, por lo que nos interesaría que nos des clases donde expliques cómo ser como vos. Cómo ser argentino.

—Es que no sé si se puede hacer... Hans, te llamabas Hans, ¿no?

—Estamos dispuestos a pagarte —aclaró el alemán.

Horacio divisó a Ingrid, que con la excusa de limpiar la barra había escuchado la conversación. Ella le guiñó el ojo.

—Creo que puedo... se puede encontrar la forma de conseguirlo —dijo Horacio.

—¿Te acordás que me encaraste porque tu novia decía que yo era un gran amante? —dice Horacio, en tanto Hans termina el himno en un *oh, juremos con gloria morir* desafinado, atorado a causa del alcohol.

El alemán lo contempla de pie sobre la silla, sonriendo. Alza el vaso: la pregunta le resulta una buena excusa para brindar, y al cerciorarse de que el vaso está vacío gira y grita hacia la barra que traigan otra ronda.

Las clases comenzaron dos días después de que Hans le hablase en el bar. Los alemanes querían un título con el cual referirse al curso, y Horacio lo bautizó en alemán, aunque la traducción exacta sería *Curso de argentinidad para no argentinos*. Acordaron realizarlo dos

veces a la semana, martes y jueves de seis a siete de la tarde, en el bar donde trabajaba Ingrid.

El primer día Horacio llegó a las seis y veinte: sus alumnos lo recibieron con una mezcla de preocupación y rechazo.

Les aclaró:

—Si quieren ser argentinos, la impuntualidad es primordial.

La clase de aquel día se centró en los horarios en los cuales arribar a una cita, jamás con menos de veinte minutos de retraso.

En verdad Horacio se había entretenido con otras actividades —la candidata de la noche previa tenía franco en la oficina, y continuó durante el resto del día exigiéndole un esfuerzo físico que a él no le molestaba regalar—, y no tenía la más remota idea acerca de qué podía dar en la clase a los alemanes. Ni de aquella primera ni de las sucesivas. No existía un plan de estudios, tan sólo interés en cobrarles cada quincena los euros que necesitaba para comer, comprar preservativos y devolver parte de lo que le prestaran Ingrid y sus padres. Sin embargo, cuando llegó retrasado, al pensar en qué excusa ponerle a sus alumnos, Horacio se dio cuenta de que la impuntualidad era una costumbre en él.

Fue así como les habló, en el bar, de cómo los argentinos creen ser al extremo primordiales, irremplazables, y que su asistencia a una cita se transformaba, casi, en un regalo que le hacían al otro. *Lo importante es considerarse importante*, explicó a sus alumnos en un alemán que con el transcurso de las semanas había ido haciéndose más fluido, aunque no perdía el acento que le gustaba a las mujeres de los bares.

—Si ustedes se creen el centro del universo, comenzarán a ser argentinos —continuó.

Los alemanes escuchaban maravillados, y anotaban con fruición las palabras que Horacio pronunciaba en tono grandilocuente.

La segunda clase, se dijo al final de la primera, tenía que versar en torno al tema que le interesaba a los alumnos. Las mujeres.

Les comentó entonces que a las *minas* —fue entonces en que les enseñó el término, que tan bien había prendido en ellos— uno les puede decir cualquier estupidez con tal de llevárselas a la cama, y que lo último que ha de hacer frente a ellas es admitir lo obvio.

—Un argentino niega que haya engañado a su novia o esposa incluso si le muestran una foto donde se prueba que lo hizo. De lo contrario no tendría margen para quejarse si se entera de que ella hizo lo mismo.

Les contó, también, que en la pareja no existen igualdades posibles, que uno se maneja como si estuviera solo, y que si la contraparte hiciera lo mismo no se le diría nada —*negar lo evidente*, les recordó—, aunque la venganza no se haría esperar.

—Una mujer que se quiere seducir es objeto de cualquier tipo de mentiras que nos permitan llevarla a la cama —escribió en la pared como si se tratara de una fórmula matemática—, mientras que una pareja con la que fuimos a la cama es objeto de cualquier tipo de mentiras que nos permitan seguir llevándola a la cama o, llegado el caso, cuando ya nos aburrió, que nos permitan quitárnosla de encima.

Al hablar, sentía dudas acerca de si lo que decía era cierto. Pero pensaba en sus amigos de Buenos Aires, en lo vivido allá, y elevaba al grado de teoría anécdotas diminutas.

—Un argentino no tiene problema en decirle *te amo* a la mujer (si es que eso le permite llevarla a la cama o evitar una discusión), aunque jamás le admitiría a sus amigos que utilizó ese último recurso.

Sobre ese argumento trató la tercera clase. Los amigos. En ella les explicó que no se aceptaba la traición, que la amistad era un sitio donde la confianza era sacrosanta, al igual que el afecto. Aclaró que, pese a ello, el afecto no ha de estar acompañado de muestras físicas con la excepción de que se asista a un partido de fútbol y exista un abrazo ante un gol.

—Un amigo le recuerda en forma constante al otro que son amigos, en especial si están borrachos. Y después lo insulta. Y lo abraza, ahí sí, porque está bajo la influencia del alcohol.

Les explicó, también, el uso de los insultos en la Argentina —cuándo eran motivo de pelea, cuándo de carcajadas, cuándo un recurso para referirse a los demás—. A partir de aquella exposición obligó a los alemanes a que se nombraran unos a otros con el término alemán equivalente a *boludo* o *pelotudo*.

Dedicó clases al compromiso con el *laburo* —otro término que les enseñó, y que no figuraba en los diccionarios de español-alemán—, al significado de la familia y la centralidad que ocupaba el rol materno, a cuándo mentir —*casi siempre*—, cuándo ser honesto —*casi nunca*—, al valor de irse de los lugares sin pagar, de *vivir de arriba*.

A través del curso, Horacio les enseñó lo que era ser *piola*, concepto que en un principio los alemanes no atinaban a asir.

Con el correr los meses, sus alumnos comenzaron a imitar con éxito el acento que él tenía. Iban a bares donde no los conocían, y tenían el mismo efecto en las mujeres que hubiera mostrado Horacio con sus novias y parejas. Los alemanes habían conseguido pasaportes falsos en el mercado negro, que los mostraban como argentinos, por si se presentaba alguna duda. Los elogios que comenzaron a recibir eran prueba de que las

aptitudes docentes de Horacio eran extraordinarias, aunque hubiera ido improvisando todas y cada una de las charlas que les diera.

Fue así como Hans, Kurt, Karl y los otros le aconsejaron a un reducido y selecto grupo de amigos las clases de Horacio, y la reacción en cadena fue abrumadora. Llegó a dar una clase tras otra en el bar a lo largo de toda una jornada. Su fama de capacitador, al mismo tiempo, no hacía sino incentivar a que las alemanas quisieran acostarse con él, por lo que el paraíso no presentaba dificultades.

El paraíso no presenta dificultades cuando Horacio se arrima borracho a Hans y lo abraza, cuando le dice *te quiero mucho, amigo del alma, vos sabés que te quiero mucho, ¿no?*

Siente algo extraño en los ojos del alumno.

Siente, también, que una mano se posa en el hombro desde atrás, y una voz grave le pregunta:

—¿Horacio Buenaventura?

Los ve al girar, y se da cuenta de que las cosas están mal. Los dos hombres visten sobretodo, y durante una milésima de segundo todo es blanco y negro, y siente que está en una película de la Segunda Guerra Mundial, que es judío y las SS fueron a buscarlo.

Le piden el pasaporte, y comprende.

Comprende que no tiene escapatoria.

Migraciones.

Si preguntaron por él, si saben su nombre, es porque hubo una denuncia donde aclararon que él estaba en la Unión Europea como inmigrante ilegal.

Mira a Hans, y reconoce al traidor. Recuerda el primer encuentro, la sorpresa ante el hecho de que el alemán no juzgara malo que su novia se hubiese acos-

tado con Horacio, y recuerda las clases en las que le explicó el valor de negar lo evidente, de callarse las furias y ejecutar venganzas silenciosas y fulminantes.

Horacio se pregunta cómo estarán las cosas en Buenos Aires. Ve a uno de los oficiales de migraciones pedirle a otro que llame un patrullero, decirle en un susurro lo suficientemente claro para que lo escuche Horacio que se trata de un ilegal, un extracomunitario, y se promete que allá en Lomas de Zamora contará cuán exitoso fue en Alemania, cómo sus alumnos aprendieron todo lo que les explicó, incluido el significado de *garca*.

Se dice que algo bueno pasará, que siempre sucede, y toma un vaso de cerveza alemana para disfrutarla por última vez.

Pero no encuentra sabor alguno.

Germán Maggiori
El Emperador insomne

El Emperador Chienglung estaba satisfecho con su reinado. El Imperio era vasto y poderoso como en los antiguos tiempos. Sus hijos habían crecido robustos y aguerridos como cangrejos, sus hijas poseían la belleza cristalina del jade. Sin embargo, el elegido a sucederlo en el trono, su decimoquinto hijo Yongyan, tenía otra visión: se consideraba a sí mismo un joven sin suerte. El seno de la administración imperial estaba colonizada por funcionarios corruptos que no tardarían en llevar a la ruina la Dinastía. Por otro lado, los endemoniados ingleses, ansiosos por entrar en el negocio del contrabando de opio, soliviantaban a la población con sus ideas modernas. Yongyan empezó a tener algunos problemas de insomnio, sentía que algo adentro suyo se había extraviado.

Aquel invierno una gran nevada había cubierto los campos desnudos con su manto helado. La Colina Fragante, cercana al Templo del Buda Durmiente, parque de caza del Emperador, había desaparecido entre los nubarrones que atravesaban el horizonte en una estampida silenciosa. Como presagio de la tragedia, la charca del Risco del Demonio Oculto, en las Colinas Occidentales, se había congelado. Años antes, cuando Chienglung era un Emperador joven, había visto en esa charca nadar a los dragones, dos pequeños animales marinos, verdes, que se agrandaron abruptamente,